

Apropiación indebida

Antinovela rosa

Guillermo Vega Zaragoza

No existe ni existirá una novela que de vele, de una vez y para siempre, los misterios del amor, porque, como sucede con la mayoría de los asuntos humanos, nada es absoluto; todo cambia de acuerdo con el momento que nos toca vivir. Sin embargo, hay aspectos que trascienden las épocas y se convierten en arquetipos con los que nos identificamos y nos ayudan a comprender la complejidad del alma humana.

Pensemos en *Madame Bovary*, a cuya protagonista, o mejor dicho: a su extraviado comportamiento, le debemos el término *bovarismo*, el sentimiento de insatisfacción crónica que sienten ciertas personas cuando sus ilusiones y aspiraciones (a menudo desproporcionadas respecto de sus propias posibilidades) chocan con la terca realidad, lo que les provoca una profunda frustración. Desde luego, para el lector actual, los azotes de Emma nos pueden parecer burgueses y *démodés*, pero en lo general siguen siendo sentimientos e impulsos que permanecen y se adaptan a las costumbres de cada época. Quizá por ello ha llamado la atención una novela como *Apropiación indebida*, de la escritora y periodista sueca Lena Andersson (Estocolmo, 1970), con la cual ha obtenido varios premios literarios en su patria, donde ha vendido la friolera de 200 mil ejemplares, y está teniendo una amplia difusión en Hispanoamérica a partir de su publicación en español por parte de Alfaguara.

El libro lleva como subtítulo *Una novela sobre el amor*, aunque en rigor se trata de una novela sobre el desamor, ya que cuenta la historia del desencuentro sentimental entre una mujer, Ester Nilsson —31 años, poeta, ensayista y maratonista amateur—, y Hugo Rask, sesentón y reconocido artista visual, de quien ella se obsesiona duran-

te un par de años, luego de sostener tres encuentros sexuales. La narradora explica en el primer capítulo que esta historia trata de “las atroces brechas que se abren entre el pensamiento y la palabra, entre la voluntad y la expresión, entre la realidad y la irrealidad, además de lo que crece en esos espacios”. Ni más ni menos. La narración se desliza linealmente, sin contratiempos. Lo que más llama la atención son las agudas y sensatas reflexiones de la narradora para tratar de explicar las razones del comportamiento de la protagonista, quien incluso parece tener muy claro los porqués de su conducta ante el hombre del que dice estar perdidamente enamorada. Estos insertos reflexivos hacen recordar a Milan Kundera, sobre todo en *La insoportable levedad del ser*, otra novela sobre la imposibilidad del amor. Sin embargo, la historia de Tomás y Teresa está situada en 1968, durante la Primavera de Praga y sus secuelas, días de conmoción y definiciones vitales y políticas. En tanto, el relato de Ester y Hugo se desarrolla en la apacible sociedad sueca actual, donde domina el confort derivado del Estado del bienestar y el compromiso político se dirime en tertulias y charlas de café.

Ester recibe la encomienda de preparar una ponencia sobre la vida y obra de Hugo Rask. Se conocen y ella queda fascinada por el artista, quien vive rodeado de un séquito de aduladores y, desde luego, de mujeres jóvenes que lo idolatran. Tras algunos escarceos, Ester y Hugo hacen el amor; ella se siente invadida por una pasión nunca antes experimentada y sin más abandona a Per, su pareja de hace tiempo, aunque Hugo, simple y sencillamente, no da color de querer comprometerse con Ester, más allá de conversar y hacerse

el misterioso e inalcanzable: no contesta llamadas ni mensajes, y cuando se encuentra con ella se hace el desentendido. Ester razona y analiza con meridiana lucidez lo que siente y experimenta, pero en cuanto se encuentra ante él se comporta como una estúpida. Cada gesto, acción o reacción de Hugo hacia ella es interpretado como un signo clarísimo de amor: un leve roce con la mano, un mensaje no respondido, acordarse de ella por la portada de un libro, recordar que le gustan las ensaladas...

Por otro lado, la narradora tiene una forma curiosa de relatar, digamos, algo rebuscada: “Únicamente cuando todos sus neurotransmisores funcionaban al máximo rendimiento, era capaz de reunir la energía suficiente para ir de compras, algo que por lo general consideraba una actividad carente de todo sentido...”. Otro ejemplo: “Con los folículos pilosos ardiendo, Ester Nilsson preguntó a la redactora por qué la consideraba la persona más adecuada para esa tarea...”. Todo esto sin contar las disquisiciones filosófico-fenomenológicas sobre el amor y el comportamiento del que ama, o mejor: de aquel que está obsesionado con otro que no le corresponde y que, a todas luces, nunca le corresponderá. Por lo menos, Emma Bovary tuvo la coartada de que Léon Dupuis la sedujo y la engañó. Ester ni siquiera eso: Hugo siempre demostró ser un ególatra de mierda, encantador y fascinante, pero un ególatra al fin y al cabo. ¿Por qué una persona atractiva, sumamente inteligente y reflexiva como Ester, cae en tal vorágine de angustia y autoescarnio, de rebajar su dignidad hasta el piso, por un tipo al que no le interesa más allá de los acostones que tuvieron?

El meollo de la novela se encuentra en este párrafo: “En una famosa declaración,

el primer ministro Tage Erlander (en el cargo entre 1946 y 1969) describió la construcción social de la Modernidad, también conocida como Estado del bienestar, como una adicción patológica. No fue esa exactamente la expresión que utilizó, pero tal era el significado que se infería de sus palabras cuando aludió a la insatisfacción inherente al crecimiento de las expectativas: una ley psicológica natural. Cuando te dan lo que anhelas, sientes gratitud durante un instante; pero pronto te adaptas y lo encuentras normal, de manera que empiezas a ver lo obtenido como un estándar mínimo. Las expectativas aumentan y se exige más para estar contento. Ya no basta con agua corriente, alimentación sana, coche y una vivienda más grande: se necesitan sucesivas y más ambiciosas reformas para que la gente se sienta igual de bien que antes. La dosis ha de subirse, y suministrarse más a menudo. Ester no era feliz, a pesar de haberse consumado la unión carnal entre ellos. Ahora lo que le preocupaba era la continuación...”

Ahora sí termina uno de entender a la perfección a los personajes de las películas intimistas de Ingmar Bergman, como *Secretos de un matrimonio* (1973). ¿Por qué

están tan insatisfechos los suecos si tienen todo para pasársela a toda madre? Es cierto que a los seres humanos nos define la insatisfacción permanente, porque experimentamos un vacío existencial que no se puede llenar con nada material y por ello nos aferramos a la entelequia de lo que denominamos “la búsqueda del amor”. Al parecer, lo que les pasaba a los suecos desde los setenta ahora lo experimentan muchas personas en el mundo, de ahí el gran éxito de esta novela. Las personas privilegiadas y “exitosas” no pueden soportar un “no” por respuesta, para nada, mucho menos en asuntos del amor. Ahora muchos piensan así: “¿Cómo me van a rechazar a mí! ¡A mí, que soy tan fabuloso! [o fabulosa, el asunto del género es irrelevante]. Si tengo todo: belleza, inteligencia, éxito profesional, reconocimiento social... ¿Quién se cree ese que es para rechazarme?”. Y luego, el infierno. Porque a nadie se le puede obligar a hacer algo que no quiere (bueno, apuntándole con una pistola, a lo mejor...), mucho menos a amarnos si no le nace. Por ello, *Apropiación indebida* funciona como una verdadera “antinovela rosa”. La realización del amor es imposible para personas que emprenden su búsqueda de la manera, algo

extraviada, en que lo hace Ester Nilsson. Para mitigar su angustia ante una realidad anodina y aburrida, Ester necesita el vértigo del enamoramiento como una droga, le desespera lo previsible, sólo la tranquiliza más vértigo, más embriaguez; Hugo le proporciona las dosis adecuadas de esa droga que la obnubila y la hace caer a niveles insospechados. Y, como cualquier *junkie*, llega un momento en que ya no puede más y cae agotada, fulminada.

No estamos diciendo nada nuevo, como no lo dice esta novela, que sin embargo a muchos lectores —menos avezados y reflexivos que la narradora— les resultará especialmente reveladora y la leerán con fruición, abriendo los ojos estupefactos a cada párrafo e identificándose con las situaciones vergonzosas (para los suecos, que son tan civilizados) a las que se expone la protagonista, y la terminarán de leer y la recomendarán en sus muros de Facebook y a través de mensajes de WhatsApp, y le dirán a sus amigos y amigas: “Tienes que leerla, parece que nos anduvieron espiondo; cuenta tu historia y la mía”. **U**

Lena Andersson, *Apropiación indebida. Una novela sobre el amor*, Alfaguara, México, 2015, 207 pp.



Lena Andersson